

Siria: ¿Tardía expresión de la "primavera árabe", o adelanto del invierno?

Pablo M. Wehbe

Introducción

Desde hace casi dos años, el Gobierno de Siria que encabeza Bashar Al-Assad, está enfrentando una insurrección armada que en sus comienzos aparecía como relativamente sencilla de derrotar, de aplastar, pero que con el tiempo se tornó de "actividad subversiva" en "guerra civil".

No obstante, en un menor lapso los Gobiernos de Egipto y de Libia cayeron; la pregunta que podría hacerse es: ¿cuál es la situación para que el Gobierno de Bashar Al-Assad se mantenga en el poder y de una manera aparentemente firme? ¿Se puede achacar dicha situación solamente al apoyo que recibe desde Irán o a la "cobertura política" de la Federación Rusa y de China?

En este escrito se intentará dar una respuesta que se basa en argumentos sociológicos y políticos, y que tratarán de responder a la pregunta que, se entiende, es la que no se ha formulado hasta ahora: ¿Por qué las fuerzas militares de Siria siguen respondiendo al Gobierno de Damasco y no se produjo un desbande y consiguiente engrosamiento de las filas opositoras?

Una aproximación al concepto de la Obediencia Debida (o Deber de Obediencia)

De acuerdo con un trabajo de Félix Maocho, en todas partes, personas consideradas honrados padres de familia y probos funcionarios, se ven involucrados en feos asuntos de tortura y crímenes llevadas a cabo por obediencia a las ordenes de un superior, a veces incluso extralimitándose en el cumplimiento del deber .

En 1960 fue secuestrado en Argentina, y luego condenado y ejecutado en Israel Adolf Eichmann acusado de crímenes contra la humanidad realizados en la Alemania nazi contra los judíos. El psicólogo Stanley Milgram de la Universidad de Yale, se sintió intrigado sobre el motivo que llevaba a una persona normal, que no tenía nada en contra de los judíos, a ser partícipe activo de un exterminio de personas inocentes que jamás le habían hecho daño alguno. De alguna manera, de lo que se trataba era de entender por qué una persona sin animadversión era capaz de ejecutar acciones lesivas a la integridad de otra.



Instituto de Relaciones Internacionales

Universidad Nacional de La Plata Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Calle 48 entre 6 y 7, 5º piso - Edificio de la Reforma - La Plata - Argentina

(54-221) 4230628 congresoiri@iri.edu.ar www.iri.edu.ar

Instituto de Relaciones Internacionales - UNLP @iriunlp

Para ello realizó un experimento que se conoce como el Experimento de Milgram consistente en medir cuánto tiempo es capaz de seguir cumpliendo un voluntario las órdenes de infringir fuertes lesiones a otro voluntario. Escenificó una prueba en el que los participantes creían estar probando el efecto del castigo en el aprendizaje.

Un actor se situaba en una cabina acristalada visible para el auténtico voluntario, y se le colocaban electrodos a través de los cuales, solo recibía descargas inocuas de aviso de 45 voltios, escenificando ellos muestras de dolor cada vez más intensas. El auténtico voluntario debía enviar corrientes eléctricas, que supuestamente eran extremadamente dolorosas, que iban aumentando de intensidad a medida que transcurría el experimento, mientras el actor simulaba cada vez más dolor.

El resultado de las pruebas fue que la mayoría de personas que creían estar aplicando corrientes eléctricas a otras personas, siguieron haciendo voluntariamente daño al obedecer órdenes recibidas. Llegando las descargas, a lo que ellos creían ser, de 150 voltios, los actores daban los primeros gritos de dolor, pero pese a ello el 82,5% de los participantes siguió administrando descargas tal como se les ordenaba, y de ellos, el 79% continuó hasta aplicar 450 voltios.

La mayoría de los participantes obedecían las órdenes de una autoridad, aunque entrasen en conflicto con su conciencia personal. Los voluntarios se iban poniendo nerviosos al ver sufrir al otro, pero seguían obedeciendo al investigador, se demostró que la obediencia a las órdenes está por encima de la moral de casi cualquier individuo.

Recientemente Jerry M. Burger psicólogo de la Santa Clara University repitió el experimento casi medio siglo después confirmando que nada ha cambiado en cincuenta años, la gente aparentemente sigue dispuesta a hacer daño a otros, si se lo ordena una autoridad que se considere legítima. Este último no es un tema menor, pues la legitimidad de una autoridad no necesariamente puede derivar del mandato popular, sino inclusive de la posesión de determinados conocimientos o de pertenecer a alguna Institución referenciada por la sociedad.

Según Milgram, la férrea autoridad se impone a los imperativos morales y, con los gritos de las víctimas sonando en los oídos, la autoridad subyuga al voluntario. La extrema aceptación de casi cualquier requerimiento ordenado por la autoridad es el principal descubrimiento de estos experimentos. Milgram quería saber hasta qué punto el ser humano promedio podía ser un instrumento dócil de la autoridad –de cualquier autoridad– en “condiciones ideales y con la impunidad garantizada”.

Pues bien, comprobó empíricamente que el primate superior de la escala puede torturar a otro primate si recibe órdenes de la persona adecuada y si esas órdenes parecen estar respaldadas por un bien superior. En el caso del Experimento de Milgram –que así llegó a llamarse en los anales de la psicología– ese bien superior era, aparentemente, comprobar el umbral del dolor y la posibilidad de rastrear sus verdaderos efectos en los sujetos pasivos del test.

Todos los voluntarios que obedecieron a pesar de su evidente disgusto parecieron tener una inteligencia promedio. No hubo datos de esa naturaleza sobre el 17,5% de voluntarios que decidió des-obedecer y largarse, en ocasiones a gritos, de tan sombrío “laboratorio”. Pero aquí no acaba el asunto. Lo más interesante es que el experimento de Milgram acaba de ser repetido, como se vio, bajo condiciones menos duras y con menor

dosis de manipulación quizá, por el psicólogo Jerry Burger, de la Santa Clara University. Y los resultados, según publica la revista American Psychological Association, son apenas dos puntos porcentuales menos que los que Milgram obtuvo en 1961.

O sea que cuando se mata en Gaza a mujeres, niños y viejos; cuando se mata en Islamabad cuantiosamente; cuando se barre del mapa una pequeña aldea en las afueras de Kabul; cuando, en fin, el primate mayor de este planeta convierte al odio en causa y a la muerte en lección y a Dios (a cual-quier Dios) en Gran Secuaz, se debe pensar no sólo en la triste infantería que aprieta el gatillo sino en los peces gordos que dan la orden.

Pero, ¿por qué se obedece? Aparentemente, la causa es “salvar un bien mayor”, que sería el que las autoridades legítimas –o a quienes se considera como tales-, están corporizando. Vale decir que quien obedece a una orden, primero debe haber internalizado que la misma forma parte del margen de decisión que tiene quien la dio, y que precisamente es la persona “legitimada” para hacerlo. No cualquiera puede dar una orden y hacerse obedecer.

Asimismo, no cualquier orden encarna determinada facilidad para ser obedecida, sino fundamentalmente aquella que permite dividir la responsabilidad en varias personas, de modo tal que la con-secuencia moralmente “inaceptable” para quien la ejecuta, no aparece como “responsabilidad” del ejecutante, sino que es solamente una parte de un conjunto de acciones, podría decirse que es “un ladrillo más en la pared”.

¿Qué habría respondido el piloto que arrojó la bomba atómica sobre Hiroshima al preguntársele de por qué mató a más de cien mil personas? Seguramente Paul Tibbets habría respondido “jamás maté a nadie; yo no hice la bomba ni la tiré. Solamente moví una palanca”. Si se le hiciera esa misma pregunta a quien construyó la bomba, respondería “yo no la tiré. Solamente la armé”. Si se repitiera la pregunta a quien puso la bomba en el avión, diría que “yo no la arrojé ni la construí”. Es decir, ¿quién mató a más de cien mil personas en Hiroshima? Ninguno...y todos.

Por ello, lo primero que se debe hacer para lograr ser obedecido, es legitimarse si no por vía de elección, por vía de acciones posteriores y por vía del discurso. Esta última acción es, tal vez, una de las más importantes en la región que se conoce como el Oriente Medio.

¿Primavera árabe?

Cuando se habla de la llamada “Primavera Árabe”, se hace referencia al nombre con el que mediáticamente se ha identificado la serie de manifestaciones de carácter popular y político que se sucedieron en la región árabe principalmente desde inicios del 2011 y que condujeron a la caída de las dictaduras de Ben Al en Túnez, Hosni Mubarak en Egipto y Kadafi en Libia, así como el reforzamiento de la violencia en Yemen.

La llamada de algunos abanderados del Islam llamando a la Guerra Santa se observa desde hace varias semanas desde Túnez a Indonesia a causa de una película norteamericana que se burla del Profeta. Miles de personas se han echado a las calles en más de cuarenta países para protestar por el contenido de «La inocencia de los musulmanes», en algunos lugares tales como Irán, Irak o Gaza de forma pacífica, pero en otros con gran violencia. Las embajadas de Estados Unidos han sido el principal

objetivo de las masas que en Túnez, Sudán, Yemen y Libia han logrado romper los primeros anillos de seguridad, escalar los muros de las legaciones y arriar la bandera de “las barras y estrellas”.

Todo ello comenzó en una semana marcada por el undécimo aniversario de los atentados del “11-S” que Al Qaeda celebró liderando el ataque contra el consulado estadounidense de Bengasi y matando al Embajador, Christopher Stevens, y otros tres funcionarios. “Aquí está el combatiente pueblo libio, al que el asesinato del jeque Abu Yehia -en referencia al número dos de la organización, Abu Yehia al Libi, abatido en junio en Pakistán- ha aumentado su entusiasmo e insistencia en vengarse de quienes se burlan de nuestra religión y ofenden a nuestro Profeta”, rezaba una nota emitida por Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), el brazo armado más activo del grupo y que tiene su cuartel general en Yemen, país donde los grupos salafistas –movimiento del Islam suní que reivindica la vuelta a los tiempos del Profeta- mantienen convocatorias diarias para protestar contra la película que se burla de Mahoma .

Si bien la violencia se ha vuelto a enseñorear en toda la región, se está hablando de situaciones diferentes que tienen en común la chispa que ha encendido las movilizaciones. En Libia fue una acción armada premeditada y muy ensayada (fueron más de cuatro horas de operación), pero en los demás lugares se trata de grupos que tratan de capitalizar la ira contra Estados Unidos por ser el país de origen de la cinta contra el Profeta.

Los países que han vivido procesos revolucionarios son ahora el epicentro de unas manifestaciones que han costado la vida a 25 personas en los últimos días y han encendido las alarmas en un Occidente que apoyó sin fisuras los levantamientos contra las dictaduras.

“Los grupos salafistas son minoritarios y han quedado desplazados del poder tras los procesos electorales en cada uno de los países que han protagonizado la Primavera Árabe, pero ahora tratan de hacerse fuertes en las calles con este tipo de erupciones religiosas que consiguen arrastrar además a todo tipo de ciudadanos descontentos e indignados por la cinta”, asegura el embajador español Ignacio Rupérez. Rupérez explica que el epicentro de estas movilizaciones está en los países que han vivido revoluciones porque “ahora disfrutan de libertad y ya no hay represión contra los grupos religiosos, por lo que tratan de ocupar el espacio que no han podido ganar a través de las urnas”.

Una visión que no comparten clérigos radicales como Omar Bakri, huido desde 2005 del Reino Unido por sus presuntos vínculos con los atentados del 7 de julio en Londres que costaron la vida a 56 personas, que en una reciente visita a su cuartel general en Trípoli, ciudad del norte del Líbano, aseguraba al medio abc.es que “Al-Qaeda es el ganador de los procesos revolucionarios que han servido para sacar de las cárceles a 36.000 islamistas después de décadas de torturas y encierro in-justo. Ahora Al-Qaeda puede establecer cómodamente bases en estos países y cuenta con recursos económicos y armas”.

Esta sería la cantera para liderar esta oleada de protestas que ha puesto en jaque las relaciones con el hasta ahora socio americano que desde Enero de 2011 se ha posicionado a favor de los cambios de regímenes en los países árabes y que en casos como el de Libia fue decisivo a la hora de dar luz ver-de a la operación militar de la

OTAN. “Los logros de las revoluciones no están en peligro porque han sido demasiado importantes, pero estas acciones pueden hacer daño a la relación con Occidente y es necesaria una nueva estrategia de comunicación para superar la crisis abierta por la película”, concluye el analista egipcio Omar Ashour. En realidad, se sostiene que los episodios de violencia antioccidental no son una rareza en los procesos conocidos como “Primavera Árabe”, sino su lógica consecuencia, pues uno de los cuestionamientos implícitos a los regímenes depuestos era haber abandonado –cuando no traicionado-, los objetivos revolucionarios que se tuvieron en un comienzo.

De esta manera, se cree no estar equivocado si se afirma que un alto porcentaje de la molestia popular con estos regímenes vitalicios se basaba en el hecho de que Túnez, Libia y Egipto, en al menos los últimos quince a veinte años habían girado en sus posiciones y tenían posiciones políticas e internacionales muy diferentes a las originales, y que de alguna manera se habían transformado en regímenes “confiables” tanto para Israel cuanto para Occidente.

Así las cosas, no es erróneo sospechar que cuando se derrocó a cada uno de estos líderes, en realidad también se ponía en tela de juicio la “buena” o “normal” relación con Israel, que precisamente ahora ha vuelto a ponerse en tela de juicio por parte de líderes y militantes de los nuevos regímenes. El actual Gobierno de Israel, verdaderamente incómodo por los cambios –muy especialmente el producido en Egipto-, ha tenido que mantener un verdadero equilibrio de profesional al evitar involucrarse en cada uno de los movimientos, pero también de responder a las manifestaciones hostiles que ha sufrido –y sufre-.

De hecho, una de las principales diferencias con el régimen de Siria es que muchas de las situaciones que generaron la llamada “Primavera Árabe” aquí están ausentes, esto es, el hecho de que el Gobierno contra el que se combate haya mantenido actitudes de ostensible complicidad con Gobiernos occidentales en contra de intereses visiblemente comprometidos con la llamada “Causa Palestina”.

Más allá del hecho de que, efectivamente, el Gobierno de Bashar Al-Assad es una dictadura sin piedad y que reprime en forma sanguinaria a su propio pueblo, no debe confundirse la respuesta a la pregunta inicial, y que estriba en el por qué sus fuerzas se mantienen disciplinadas.

En alguna ocasión se manifestó que, cuando se habla del llamado “Medio Oriente”, se podría estar ante la presencia de un extraño fenómeno, esto es, de que a partir de la Primavera tenga lugar un Invierno. Y ello a raíz del hecho de que los nuevos regímenes, lejos de ser absolutamente “confiables” para Occidente, están manifestando una permeabilidad creciente hacia sectores islamistas, más arraigados popularmente que el incipiente sistema de Partidos.

Siria

Se puede identificar a la Guerra Civil Siria como un conflicto en forma de una rebelión popular, enfrentamientos sociales y políticos, lucha armada y ataques terroristas que se inició el 26 de Enero de 2011, influida por otras protestas simultaneas en la región y claramente fogueada desde Europa y los Estados Unidos de América.

VI Congreso de Relaciones Internacionales

21, 22 y 23 de noviembre de 2012

Como en Túnez, Egipto y Libia, parte de los manifestantes demandan más libertades y plena democracia, así como también un mayor respeto de los Derechos Humanos, lo que no impide a las llamadas Fuerzas de la Resistencia violarlos con atrocidades y atentados donde mueren tanto soldados del régimen cuanto civiles inocentes. De acuerdo a los Comités de Coordinación Local sirios, desde el comienzo de las manifestaciones, las tropas sirias y fuerzas de seguridad asesinaron unos 7.000 civiles, y otros miles resultaron heridos. Las bajas entre las fuerzas leales al Gobierno por las acciones de los rebeldes superan los 2.000 fallecidos, según el oficialismo. También se encuentran detenidas o desaparecidas entre 9.000 y 15.000 personas. Además, 75.000 personas se han visto obligadas a abandonar sus ciudades para buscar un refugio y huir de la represión, de las cuales 25.000 han emigrado a otros países. A la fecha, a estar por informes periodísticos occidentales, habría más de treinta mil muertos civiles.

A partir de abril de 2012, por decisión del Consejo de Seguridad, se desplegó en el país la Misión de Supervisión de las Naciones Unidas en Siria (UNMISS) para verificar el cese de la violencia y el cumplimiento del acuerdo de los seis puntos.

Muchos edificios simbólicos del poder, como la sede del Partido Baath y los Tribunales, fueron incendiados por los manifestantes. El viernes, 18 de marzo durante las manifestaciones, varias miles de personas fueron detenidas en Damasco, Homs, Baniyas sobre todo en Daraa. Las escuelas y los estadios de las ciudades fueron utilizados como centros de detención. Desde el 25 de marzo, a pesar de la represión y las concesiones del gobierno, el movimiento se extendió a las principales ciudades del país. Este tipo de protesta no tiene precedentes desde la masacre de Hama en 1982, donde se estima que fueron asesinadas entre 10.000 a 25.000 personas.

Miles de civiles sirios han emprendido la huida hacia Turquía y Líbano a los fines de buscar refugio, lo que generó, a su vez, conflictos internos en cada uno de esos Estados, y dio argumentos a Turquía para entrar en el juego y proceder a atacar posiciones sirias. Se sospecha de que especialistas militares de Estados Unidos de América y de la OTAN entrenan a un grupo armado de opositores sirios en la ciudad de Hakkari, en el sudeste de Turquía, según afirman varios medios turcos. En este contexto no se cree que Estados Unidos de América y la OTAN se atrevan a realizar una intervención militar por miedo a Rusia que apoya al presidente Bashar Al-Assad. Según la publicación "RT", una ex funcionaria del FBI, Sibel Edmonds, ha comunicado que estas actividades empezaron el pasado mayo. Además, según algunos testigos, los norteamericanos venden armas a los rebeldes a través de la base militar de Indzhirlyk, en el territorio de Turquía, y les prestan ayuda financiera. "EE. UU. y la OTAN no entrarán en Siria por miedo a Rusia".

Asimismo, la experta en Oriente Medio Nagham Salman comentó el tema y dijo que cree que los estadounidenses "no están allí para una intervención militar. No es porque no quieren, es más por-que tienen miedo de los mensajes que salen de Rusia cada día. Están allí ya mucho tiempo para vender armas a los rebeldes, a los terroristas, esto sí ya está confirmado y lo han reconocido. Están allí también para facilitar la entrada de más terroristas que han atacado al Ejército, que han atacado a la gente civil y ahora con la frontera de Turquía reciben el apoyo de los libios, de Estados Unidos de América y Turquía".

Las palabras de la experta se vienen a confirmar con la publicación en Siria de unas grabaciones en las que varios terroristas admiten que atacaban a las fuerzas sirias, realizaban sabotajes, producían y almacenaban artefactos explosivos y mataban a la gente civil. Si la intención de Estados Unidos es repetir el escenario libio en Siria, ¿por qué no actúa directamente como ya hizo en el país africano? Salman sostiene que Occidente no interviene militarmente de forma directa por varias razones. La primera es que la crisis económica en Europa y Estados Unidos de América no permite financiar una guerra contra Siria como lo han hecho en Libia. En segundo lugar, es la posible reacción en cadena que genere las condiciones para una tercera guerra mundial.

Según Salman "Rusia y China apoyan mucho al presidente Bashar Al-Assad y han mandado muchos mensajes, especialmente Rusia que no permite la intervención militar, y si ésta se da Rusia va a reaccionar, Irán entraría, Jizballah desde el Líbano también entraría, así que la OTAN y Europa tienen miedo de lo que puede pasar. Rusia está ahora en el Mediterráneo para decir 'estamos aquí para evitar una tercera guerra mundial, estamos aquí para evitar una intervención militar contra Siria'".

De esta manera, es dable observar que existen diferencias objetivas entre la situación en Siria con la que se pudo apreciar en el Norte de África; efectivamente, en los últimos 15 meses el mundo árabe en general y la zona del Magreb-Medio Oriente en particular se han visto sacudidos por un conjunto de revueltas populares que buscan desplazar regímenes autoritarios. Comenzando en Túnez, el sendero de pólvora siguió hacia Egipto, Libia y, desde hace meses, tiene su epicentro en Siria.

Coincidiendo con la editorial de Infobae del 10 de Marzo de 2012, si uno se guiase por las estadísticas, las posibilidades del régimen del Al-Assad de continuar en el poder a mediano plazo distan de ser promisorias no sólo por la matanza que se está llevando a cabo, estimada ya en más de 10 mil muertes por las Naciones Unidas, sino por los colapsos que han padecido tanto en Túnez como en Egipto, Libia y, en cierta medida, en Yemen, los regímenes autoritarios laicos vis a vis la capacidad de adaptación y supervivencia de las monarquías, caso de Marruecos y Jordania. Ni qué decir de las del Golfo Pérsico, como Arabia Saudita, Qatar y otras. En todo caso, estas últimas monarquías han tenido y tienen un rol diplomático, financiero y militar activo en la asistencia a las revoluciones en países como Libia y ahora Siria.

Este pronóstico reservado para Al-Assad y su régimen es considerado incluso por organizaciones que tuvieron una estrecha alianza con el régimen sirio: es el caso del grupo palestino Hamas y del libanés Jizballah. Ambos han tomado prudente distancia pública del Gobierno sirio y el propio Hamas ha decidido levantar su cuartel general en Damasco y trasladarlo posiblemente a Qatar u otro país. La doble opresión del régimen de Al-Assad no sólo reside en la dictadura montada por su padre por medio de un golpe de Estado en 1970 sino en el hecho que la familia Al-Assad y su elite gobernante y militar pertenecen básicamente a la minoría alawita que representa poco más del 10% de la población en contraste con la absoluta mayoría sunnita que representa el principal grupo religioso en el islam, salvo en algunos países como Irán e Irak.

Esta doble opresión diferencia el caso sirio del de Libia y Egipto en donde los sunitas son y serán mayoría antes y después de las revoluciones.

Con respecto a la intervención externa en el conflicto sirio, también hay diferencias con los otros casos en la región. Tanto con aquellos en los que hubo intervención directa y militar de los Estados Unidos de América, aliados de la OTAN y Qatar, caso de la guerra civil en Libia, como con procesos que se jugaron sólo a nivel nacional y sin acciones armadas externas, al modo de Egipto.

Por el momento, fuentes académicas y de prensa hacen referencia a asistencia logística, en armas e instructores, a la insurgencia siria por parte de Arabia Saudita, Qatar, Turquía y el Reino Unido. Los Estados Unidos de América mantienen una fuerte presión diplomática y de sanciones contra Siria pero no se muestran interesados en una acción armada en gran escala.

Cabe recordar que la administración Obama fue por demás minimalista y prudente (pero no por eso menos contundente) en su papel en los ataques aéreos y misilísticos sobre el régimen de Khadafi en Libia, dejando el rol más activo y visible a Francia y al Reino Unido. En este sentido, la reticencia de Washington es aun más clara en Siria, dadas las armas químicas y biológicas en los arsenales de Al-Assad, la existencia de una resistencia que no parece haber hecho pie de manera militar organizada, las fuertes defensas aéreas de origen ruso de los sirios y la sensibilidad estratégica del territorio sirio para países clave como Rusia, Turquía, Irán e Israel.

A favor de Al-Assad, si bien eso no impediría su colapso más temprano que tarde, juega el hecho que tanto los Estados Unidos de América como Israel lo ven como un enemigo más previsible que el que podría representar una Siria en guerra civil abierta y el ascenso de un gobierno supuestamente de matriz islámica.

Pero también debe señalarse que pese al tiempo transcurrido, la insurrección no parece haber calado hondo en la población, que pese a las diferencias sectarias con el Gobierno entiende que no es Occidente, en especial Europa, Estados Unidos de América e Israel, quienes podrán ayudarlos a terminar con la dictadura de la familia Al-Assad. Asimismo, tampoco parece que haya existido desmoralización en los cuadros altos y medios de las Fuerzas Armadas de Siria, con lo cual el quiebre que se observó en los casos del Norte de África aquí no se ven.

¿Posibles explicaciones a la prolongada resistencia del Gobierno sirio?

Se volverá para este tópico a la explicación que surge del llamado "Informe Milgram" o "Experimento Milgram". Según Milgram, lo que sucede en los casos de "obediencia ciega" es que los sujetos entran en lo que se ha llamado "estado de agente", caracterizado por el hecho de que el individuo se ve a sí mismo como un agente ejecutivo de una autoridad que considera legítima. Aunque la mayoría de las personas se consideran autónomas, independientes e iniciadoras de sus actos en muchas situaciones, cuando entran en una estructura jerárquica pueden dejar de verse de ese modo y descargar la responsabilidad de sus actos en la persona que tiene el rango superior o el poder. Debe recordarse que los individuos del experimento accedían voluntariamente a realizarlo, aunque en ningún momento les dijeron que estarían en una situación en la que tendrían que obedecer órdenes. Tampoco era necesario. La estructura social del experimento activaba con fuerza una norma social que gran parte de

la humanidad –al menos en Occidente- aprenden desde niños: "Debes obedecer a una autoridad legítima", entre ellos los representantes de instituciones universitarias y científicas (o los profesores en los colegios), policías, bomberos, oficiales de mayor rango en el ejército, etc. Cuando el sujeto entra libremente en una organización social jerárquica, acepta, en mayor o menor medida, que su pensamiento y sus actos sean regulados por la ideología de su institución.

Para obedecer, por tanto, la autoridad debe ser considerada legítima. En los experimentos de Milgram la figura de autoridad se reconocía fácilmente, como sucede en muchas situaciones de la vida real: científicos y médicos llevan batas blancas, los policías y los bomberos llevan uniformes, etc. Todos estos símbolos son capaces de activar la norma de obediencia a la autoridad. Por este motivo, así como Eichmann repetía continuamente que sólo obedecía órdenes, en realidad se consideraba parte del aparato técnico no pensante, sin tener en cuenta la posibilidad de que podría o debería controlar su propia conducta y ser responsable de ella. Por otra parte, cuando los individuos creen que ellos, y no la autoridad, son los únicos responsables de sus actos, la obediencia cede.

Sin embargo, no todo el mundo responde de la misma forma ante la autoridad. Algunos piensan que todos los ciudadanos deben obediencia ciega a una autoridad legítima. Según estas personas, los subordinados no son responsables de su propia conducta cuando obedecen órdenes. Otros, en cambio, creen que las personas siempre son responsables de sus actos y al encontrarse ante una autoridad que les da órdenes que van contra sus propios valores, se resisten a obedecer.

Pero estos no son los únicos factores que intervienen en la explicación de los hechos. Cada vez que el maestro protestaba, el experimentador centraba su atención en la norma de la obediencia: "el experimento exige que continúe", "no tiene elección", y su calma ante el sufrimiento del alumno y ante las dudas del maestro, parecían indicarle a este último que, en esa situación, la conducta apropiada era obedecer por el bien del experimento, por fines superiores como la ciencia y el conocimiento.

Aún así, otra norma social que también habían aprendido estas personas desde su infancia les recordaba que no se debe hacer daño a los demás y que debemos prestarles ayuda cuando la necesiten. Este dilema les producía una gran ansiedad porque sabían que no estaban haciendo nada para aliviar el sufrimiento de esas personas.

Milgram había logrado resaltar la norma de la obediencia y la situación incitaba a los maestros a prestar menos atención a la norma de ayuda a los demás (o responsabilidad social). Pero, ¿qué pasa cuando se acentúa la norma de la responsabilidad social?

Como se ha visto, cuanto más próxima está la víctima al individuo, como cuando tenían que sujetar su mano sobre la placa, menor es la obediencia. Del mismo modo que la persona que espía por el ojo de una cerradura se llena de vergüenza al ser descubierta, el individuo que mira a los ojos de su víctima mientras le aplica la descarga, se ve reflejado en ella; las consecuencias de sus actos son demasiado evidentes, el nexo entre acción y consecuencia es palpable y los ojos de su víctima son el espejo en el que se refleja su propio rostro y lo hace más consciente de sí mismo y, por tanto, de sus actos, lo que lleva a un aumento de su sensación de responsabilidad ante ellos. Esto hace que la norma de responsabilidad social tenga más poder que la de la obediencia. Por este

motivo, es mucho más fácil firmar un papel decretando la muerte de una persona, tirar una bomba desde un avión o apretar un botón que lance un misil en dirección a un país vecino, que torturar o matar a alguien directamente.

Culpar a la víctima

Otro mecanismo psicológico que interviene (y probablemente el más preocupante) consiste en llegar a pensar que la víctima se merece realmente lo que le está sucediendo. Muchos de los individuos que llegaron a los 450 voltios, una vez terminado el experimento criticaban a los alumnos diciendo que eran tan estúpidos que les estaba bien empleado. Al pensar que la víctima se lo merece, estas personas se sienten mejor, pudiendo reducir la ansiedad ocasionada por el conflicto entre sus deseos de no hacer daño a nadie y su obediencia. Por otro lado, la tendencia a culpar a la víctima aparece en numerosos contextos sociales como una forma de protegerse y que está basada en la creencia en un mundo justo, donde cada cual recibe lo que merece, sea bueno o malo.

De esta forma, pueden pensar que a ellos, que son buenas personas, no les pasará nada realmente malo. Si, por el contrario, el mundo que nos rodea es considerado un lugar injusto, a cualquier persona puede sucederle algo terrible, haga lo que haga, con escasas probabilidades de controlarlo. De ahí que haya tanta gente que, erróneamente, quiere creer en ese hipotético mundo donde cada cual obtiene siempre lo que merece. Y si resulta que “alguien como uno”, personas buenas y decentes viviendo en un mundo justo, le ha dado una descarga de 450 voltios a una persona, fue probablemente porque se lo merecía. Una vez que el maestro, mediante este mecanismo psicológico defensivo, ha llegado a infravalorar al alumno, éste ha pasado de ser una víctima inocente a convertirse en alguien que merece el maltrato.

Si se vuelve de nuevo al régimen nazi, se puede apreciar una estructura marcadamente jerárquica donde predomina la norma de la obediencia por encima de todas, eliminando la responsabilidad del sujeto en sus propios actos. Los uniformes que todos vestían y que lograban que todos parecieran iguales contribuía a que no se viesen como individuos autónomos e independientes, disminuyendo así la percepción de sí mismos; aspectos necesarios para que una persona se considere responsable de sus actos. El malestar psicológico que podría aparecer al principio y su tendencia a reducirlo, el castigo a la desobediencia (junto con la exaltación de la obediencia y la fidelidad al régimen) y el racismo que se respiraba en Alemania ya antes de la llegada de los nazis al poder, logró que un gran número de personas inocentes fueran consideradas como seres cada vez más despreciables y merecedores de tantas atrocidades.

Conclusión

Como una primera aproximación, podría llegar a decirse que, en principio, pese a todas las diferencias que pudieren existir –y que, sin ninguna duda, existen– con el régimen de Al-Assad, tanto la población mayoritariamente cuanto los cuadros de oficiales y sub oficiales de las fuerzas Armadas perciben al mismo como un sistema legítimo y del cual emanan órdenes que deben ser cumplidas, en tanto y en cuanto se continúa percibiendo

al “Occidente judeo-cristiano” como el “enemigo” y, como contraparte, se observa al Ejército Libre de Siria como un aliado de ese enemigo que, eventualmente, podría llegar a realizar peligrosas y dolorosas concesiones con el histórico enemigo con el que se mantiene una situación técnica de guerra: Israel.

De hecho, recientemente el propio régimen sirio ha buscado –bajo la forma de disparos realizados por error-, involucrar a Israel en su conflicto interno, procurando un ataque israelí contra posiciones sirias que pudiese nuclear nuevamente a la población contra el “enemigo externo”, y donde podrían comenzar a realizarse numerosas asociaciones psicológicas, a saber: 1- Israel y sus aliados siguen siendo los peligrosos enemigos de la Fe y de la integridad de Siria, y ese enemigo está interesado en el triunfo del Ejército Libre de Siria; 2- Sólo el actual Gobierno de Bashar Al-Assad garantiza la incolumidad del Estado sirio y la consiguiente defensa de los valores tradicionales y religiosos frente a la avanzada occidental.

Israel también leyó ese mensaje, y pese a la abierta provocación del régimen sirio, el Gobierno de Netanyahu respondió con un poderoso misil que cayó a pocos metros del objetivo, con un claro mensaje que pudo leerse tanto entre líneas como expresamente: Tel Aviv no va a entrar en la confrontación interna de Siria para legitimar a un Gobierno que, precisamente, está interesado en que desaparezca.

El Experimento de Milgram y su reciente repetición son una prueba: la humanidad que produjo a Beethoven y a Joyce también es una inmensa manada de homicidas anuentes, miríadas de corderos dirigidos por lobos. La obediencia puede ser el peor de los crímenes.

Bibliografía

Fierro, Gustavo, “La obediencia debida en el ámbito penal y militar”, Depalma, Buenos Aires, 1984;

Kelman, Herbert y Lee Hamilton, “Crímenes de Obediencia”, Editorial Planeta, 1990;

Páginas de internet consultadas:

www.abc.es, consulta del día 25 de Octubre de 2012;

www.felixmaocho.wordpress.com, consulta del día 20 de Octubre de 2012;

<http://actualidad.rt.com>, consulta realizada el día 20 de Agosto de 2012;

www.clarin.com, consultas periódicas;

www.foreignaffairs.com, consultas periódicas;

www.infobae.com, consultas periódicas;

VI Congreso de Relaciones Internacionales

21, 22 y 23 de noviembre de 2012